



HOMILÍA SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Queridos hermanos:

Con esta Eucaristía, culminamos el tiempo de Navidad en el cual hemos celebrado, con alegría y esperanza, el nacimiento de Nuestro Salvador. Todavía resuenan en nuestros oídos el anuncio de los Ángeles: *“les ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor”* y las palabras de San Juan *“tanto amó Dios al mundo que envió a su hijo único”*.

El término *“Epifanía”* significa revelación, manifestación. El 25 de diciembre, el Niño Jesús se manifestó como Dios al pueblo de Israel, representado en José y en María, y en los pastores que fueron a adorar al niño recién nacido. Hoy, celebramos una nueva manifestación, esta vez a los paganos, a los gentiles, a los que no pertenecen al pueblo judío, al resto de la humanidad, en la persona de los Reyes, que vinieron desde oriente, pues la voluntad del Señor *“es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”*. Así lo hemos escuchado en las lecturas que han sido proclamadas: *“también los paganos son coherederos de la misma alianza, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa”*, *“caminarán pueblos a tu luz”*, *“que te adoren, Señor, todos los pueblos, que todos los pueblos te adoren”*.

Centremos, hoy, nuestra reflexión en el comportamiento de los diversos personajes, que actúan en el episodio que hoy nos ofrece el Evangelio.

Herodes, en primer lugar, se muestra interesado en el niño, era un hombre obsesionado por el poder y veía en el otro, en este caso en un pequeño niño, un rival, un competidor, que quería ocupar su lugar. Era un hombre astuto, pues habló en secreto con los magos para que, una vez encontrado el niño, le avisaran, para asesinarlo. La gente le tenía miedo, ya que era conocido por su crueldad: mató a la mayoría de sus mujeres, a varios de sus hijos y a un buen número de personajes influyentes. Por eso, dice el inciso *“que se asustó Herodes, y todo Israel con él”*.

Cabe preguntarnos, queridos hermanos, ¿Hay algo de Herodes también en nosotros? ¿Vemos, a veces, a Dios como una especie de rival? ¿También nosotros somos ciegos ante sus signos, sordos a sus palabras, porque pensamos que pone límites a nuestra vida, y no nos permite disponer de nuestra existencia como plazca?

Encontramos, además, en este episodio bíblico, **a los escribas**, que eran estudiosos de la Sagrada Escritura, y a quienes Herodes interroga sobre el lugar de nacimiento del Mesías. Citando un pasaje del antiguo testamento, dicen que, en Belén de Judá, porque así está escrito: *“En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta. Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá, pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”*. Ellos, también, estaban esperando al Mesías; pero, cuando llega, no se ponen en camino, sino que se quedan en el palacio real, como dice Juan, en su prólogo, *“vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron”*. A estos, doctores e intérpretes de la Sagrada Escritura, les gusta ser guías para los demás, indican el camino, pero no caminan, se

quedan inmóviles. Se extravían.

Hoy, también, encontramos a muchos cristianos, que les gusta leer la escritura, han hecho estudios teológicos, han recibido una buena formación religiosa; pero, lamentablemente, no han tenido una experiencia personal con el Señor, que les haya permitido un cambio radical de vida y puedan decir “por la gracia de Dios, soy lo que soy”, “mi vida es Cristo”, “*Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo*”. Sólo a partir de ese encuentro personal con el Señor, podremos después sentir la necesidad de darlo a conocer a los hermanos.

El Papa Francisco, en su exhortación, “*El Gozo del Evangelio*”, señala: “*La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en la oración para pedirle a él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial*” (EG, 264).

Por último, en este pasaje evangélico, encontramos a **los Reyes Magos**. La Sagrada Escritura, no nos dice nada sobre el número de los Reyes Magos, ni sus nombres, ni de qué regiones procedían. La tradición, nos dice que fueron tres, porque fueron tres los dones que ofrecieron al Niño Dios; que sus nombres eran: Melchor, Gaspar y Baltazar; y que procedían de Europa, África y Asia, de allí que se representan con tres colores distintos.

Los expertos nos dicen que eran sabios, científicos que pertenecían a la gran tradición astronómica, que se había desarrollado en Mesopotamia a lo largo de los siglos y que todavía era floreciente.

Podemos decir que:

Eran hombres de ciencia, pero no sólo en el sentido de que querían saber muchas cosas: querían algo más. Querían saber cuál es la importancia de ser hombre. Posiblemente habían oído hablar de la profecía del profeta pagano Balaán: «Avanza la constelación de Jacob, y sube el cetro de Israel» (Nm 24,17). Ellos profundizaron en esa promesa.

Eran personas con un corazón inquieto, que no se conformaban con lo que es aparente o habitual. Eran hombres en busca de la promesa, en busca de Dios. Y eran hombres vigilantes, capaces de percibir los signos de Dios, su lenguaje callado y perseverante.

Pero eran también hombres valientes a la vez que **humildes**: podemos imaginar las burlas que debieron sufrir por encaminarse hacia el Rey de los Judíos, enfrentándose por eso a grandes dificultades. No consideraban decisivo lo que

algunos, incluso personas influyentes e inteligentes, pudieran pensar o decir de ellos. Lo que les importaba era la verdad misma, no la opinión de los hombres. Por eso afrontaron las renunciaciones y fatigas de un camino largo e inseguro. Su humilde valentía fue la que les permitió postrarse ante un niño de pobre familia, y descubrir en él al Rey prometido, cuya búsqueda y reconocimiento había sido el objetivo de su camino exterior e interior.

También el cristiano tiene ese gran deseo de Dios. *“Señor, nos has creado para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”*, sólo en él podemos encontrar nuestra relación plena. Nuestro corazón está inquieto con relación a Dios y no deja de estarlo aun cuando hoy se busque, con narcóticos muy eficaces (sexo desenfrenado, droga, licor, etc.), liberar al hombre de esa inquietud.

Hoy, como los Reyes Magos, nos postramos delante de Dios, y le ofrecemos también en este año que apenas hemos iniciado:

- **El Oro**, todo lo que somos y tenemos, nuestro amor incondicional a Él y a los hermanos.
- **El Incienso**, nuestro compromiso de adorarlo solamente a Él, a dedicar el mejor tiempo para nuestra oración, el asistir fervorosamente a la Santa Misa.
- **La Mirra** de nuestros sacrificios, penitencias, enfermedades que, unidos al Sacrificio de Cristo, renovado en la Santa Misa, nos convierte en corredores con Él.

Y, como la Santísima Virgen María, guardamos todas estas cosas, meditándolas en nuestro corazón, y le pedimos a ella, que sea nuestra compañera de camino hasta que nos encontremos, cara a cara, con su Hijo Jesús, luz, camino y vida. Que así sea.

+ 
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas



Prot. 2024/003